

Noaj, N°. 12-13. Diciembre de 1997



HOMENAJE A S. RESNIK

- Grünberg, Carlos M. Resnik, pp. 133-134
- Gerchunoff, Alberto. Salomón Resnik, pp. 135-137
- Ktaz, Pini. Salomón Resnick, el enamorado del ídish, pp. 138-140
- Lipiner, Elis. Vino añejo en odres nuevos, pp. 140-141
- Sestieri de Scazzocchio, Lea. Recuerdos y semblanza de Salomón Resnick, pp. 141-143
- Cecil, Roth. Valoración de Salomón Resnick, pp. 143
- Campoamor, Fernando G. Carta de saldo a Salomón Resnick, p. 144
- Levy, Robert. El pensamiento de Resnick, pp. 145-150
- González Vera, José Santos. La obra de Salomón Resnick, pp. 150-151
- Juris, A. S. Un intermedio espiritual, pp. 151-154
- Tiempo, Cesar. Hijo del pueblo del libro, hombre de libros y de letras, pp. 155-157



Resnick

Carlos M. Grünberg

Ya nunca más tu infancia
de judihuelo gringo
que amaba el maridaje
de vocablos semíticos
y vocablos germánicos
del judeo nativo,
y hallaba sus sinónimos
exactos y precisos
en las voces latinas
del romance adoptivo,
y a la par descubría
la unidad del espíritu,
cristal hecho pedazos
en el poliglotismo.
Ya nunca más, oh trujamán de raza,



Dibujo del pintor Lasar Segall, especialmente realizado para el número de homenaje a **Judaica** (São Paulo, julio 1947)

de la raza del Targum antiquísimo,
 tu Méndel, tu Péretz y tu Schólem Aléijem,
 tu Dubnow, tu Zhitlowsky, tu Rócker y tu Guinzburg,
 to Opatoschu y tu Pérelman, tu Asch y tu Corálnik.
 Ya nunca más, oh prosador, tus libros
 de lúcidos ensayos
 sobre temas judíos.
 Ya nunca más, oh viejo periodista,
 tus sueltos, tus artículos
 y tus editoriales.
 Ya nunca más, oh director eximio,
 Judaica, tu Judaica, tu revista
 cauce y canal y acequia de nuestro judaísmo,
 del judaísmo hispanoamericano.
 Ya nunca más, oh ameno y divertido
 conversador, tus largas conferencias
 que duraban minutos de tiempo subjetivo.
 Ya nunca más, oh mártir,
 tus viajes en auxilio
 de las comunidades europeas,
 el heroico suicidio
 consciente y voluntario
 de tus viajes dañosos y prohibidos.
 Ya nunca más tu lucha cotidiana
 por realizar tu obra y tu destino,
 tu lucha valerosa y admirable
 por ser tú siempre tú, siempre tú mismo.
 Ya nunca más tu risa y tu sonrisa,

tu humor y tu optimismo gentilicios.
 Ya nunca más la esposa compañera,
 la hija legataria de tu intelectualismo
 y el hijo adolescente que súbito reporta
 la carga y el honor de tu apellido.
 Ya no eres más, y sin embargo eres.
 Eres en tus escritos.
 Eres en tus trabajos.
 Eres tu ejemplo y eres tus discípulos.
 Pero no puedo consolarme, ¿sabes?
 Te fuiste de improviso.
 Te fuiste de repente.
 ¿Recuerdas? Nos habíamos
 citado, a tu regreso de tu último viaje,
 para el propio fallido
 27 de julio en que te fuiste.
 No puedo consolarme, caro amigo
 de casi treinta años.
 Te vi morir. Te he visto
 morir con estos ojos.
 No puedo consolarme, amigo mío
 de casi treinta años,
 aunque me digo y desde aquí te digo
 que, estés en el subsuelo o en el cielo,
 definitivamente muerto o vivo,
 me aguardas, para un día, como fuere,
 reanudar el coloquio interrumpido.

Buenos Aires, julio de 1947

Salomón Resnick

Alberto Gerchunoff

EN 1916, cuando conocí a Salomón Resnick, la vida intelectual judeo-argentina se limitaba a muy escasas expresiones o a formas demasiado esporádicas de manifestación. Comenzaba, por aquella época, a tornarse perceptible para la juventud israelita y para el público no judío en la notable revista *Vida Nuestra* que dirigía León Kibrick. Al grupo que congregaba esa publicación pertenecía Salomón Resnick y aportaba a la finalidad común su entusiasmo de hombre que se iniciaba en la faena espiritual, su idealismo generoso y sus conocimientos, ya muy dilatados, de lenguas, de temas históricos, de religión y de tradición.

Pronto nos sentimos aproximados por el amor de las cosas bellas y nos veíamos con frecuencia porque necesitábamos comunicarnos, en numerosos problemas de cultura argentina y de cultura hebrea, con nuestros diferentes puntos de vista. Su amistad me estimulaba. Su voluntad apremiante me inducía a satisfacer mi curiosidad en campos distintos de los que solía abordar, y a trabajar con más ahínco, por más que en ese tiempo lo hacía con denodada persistencia y alternaba tareas disímiles no sólo para conquistar el cotidiano sustento sino para ensanchar mi espíritu con lo que el mundo ofrecía en las corrientes del pensamiento.

En las reuniones de *Vida Nuestra* me encontraba habitualmente con Salomón Resnick y allí debatíamos, con los visitantes diarios, las

cuestiones ordinarias que ponía de relieve el desarrollo de la guerra, la guerra de 1914, y los asuntos inesperados que traía, hora tras hora, la tormentosa actualidad del universo revuelto. En esas controversias, en las que a veces intervenían Leopoldo Lugones, Mauricio Nirenstein o Mariano Antonio Berrenechea, escritor eminente y distinguido diplomático, o el poeta Arturo Capdevila, Resnick participaba no con timidez, sino con una especie de escepticismo plácido, de persona a quien interesaban más las figuras que las ideas encuadradas por ellos y los hechos que se salvan de la agitación momentánea y llevan en sí una posibilidad de resonancia lejana. Asistía, sin embargo al desenvolvimiento de la conflagración con el ánimo conurbado y la ansiedad de que las naciones aliadas deshiciesen al agresor germánico, cuyas fauces monstruosas comenzaban a abrirse sobre el globo terrestre. Además, Salomón Resnick mostraba en su ágil inteligencia vestigios de las doctrinas en que se abrevara su temprano despertar. Al igual de muchos jóvenes contemporáneos suyos, alcanzó en las postrimerías filosóficas del anarquismo el aliciente necesario para divagar y trazar en su plano mental el esquema de la sociedad futura que a cierta edad necesitamos esbozar, tanto por riqueza de imaginación como por saludable disconformismo con los sistemas conocidos. Quiero decir con ello que ese suave y sonriente escepticismo de Salomón Resnick no se confundía para el interlocutor con la indiferencia de las almas porosas o estériles. Comprendía, eso sí, que uno de los trabajos más importantes que podía realizar un individuo dado al gusto de las letras, más que exponer una hipótesis en una tribuna o analizar críticamente un suceso, consistía en difundir entre la muchedumbre accesible las creaciones hermosas.

En la Argentina se conocía muy exiguamente la producción judía moderna y acaso fuera de algunos lectores de revistas francesas de

divulgación, nadie sospechaba lo profuso y lo original, en sus contornos múltiples, de la literatura judeo-europea o judeo-yanqui. Con excepción de algunas traducciones al francés hechas del idish, bajo el patrocinio de Pierre Mille, o de ciertos relatos trasladados al idioma italiano, la vasta floración de cuentos, novelas y poesías en lo que hasta hacía poco se consideraba como un dialecto de las juderías ruso-polacas y balcánicas, permanecía totalmente desconocido al público hispano-americano. Resnick se propuso emprender esa obra de extensión humanística y, a la vez, de comunicación del espíritu judío-europeo con el de los argentinos y forjar así el indispensable instrumento de apreciación recíproca.

Y al hablarme Salomón Resnick, con la regularidad de una costumbre, en un rincón de *Vida Nuestra* o en la mesita del Café Japonés de la calle Corrientes, su apacible equilibrio se alteraba y un soplo de impaciencia y de ardor daba a su acento delgado y pálido la tonalidad vivaz de la esperanza. Aspiraba a familiarizar al hombre argentino con la cultura judía.

No tardó mucho en empezar su labor. Un día, en 1919, después de haber andado ya bastante por periódicos y diarios que se publicaban en Buenos Aires en idish, me entregó un manojito de pruebas para que "las leyera y escribiera un pequeño prólogo". Se trataba de la versión al español de los cuentos de Isaac León Peretz, *Los Cabalistas*. El público argentino pudo ponerse de este modo en contacto con el extraordinario cuentista judío, que fue uno de los más grandes de Europa y podía resistir una comparación, por su realismo lúcido y su perspectiva poética, con los creadores más ilustres del género. Isaac L. Peretz se acercaba, de esta manera, a la sensibilidad hispano-latina en una traslación límpida que revelaba en el hábil y prolijo traductor la celosa virtud de un artista.

Salomón Resnick actuó, desde entonces, con una tenacidad tranquila y una convicción de utilidad educativa en que se transparentaba ese calor profético, esa vocación social que dan su rasgo decisivo a la fisonomía moral del judío. Veía Resnick en esa dedicación desinteresada, en ese servicio estético y pedagógico, un fin de su existencia, un móvil que imantaba su energía de individuo viviente. La actividad desenvuelta desde 1919 hasta sus días finales, bruscamente interrumpidos por la muerte, abarca una producción de índole heterogénea y que, reunida en no pocos volúmenes, sugiere lo que representa la cultura judía, o a veces, la cultura hebrea contemporánea, respecto de la que se desarrolla en medios estables, con el auspicio tradicional de sociedades genuinas y la fuerza creativa con que la favorece el amparo hereditario de un pueblo cohesivo en un sitio permanente. Sin duda, esa literatura imaginativa, meditativa y crítica que se debe en lengua castellana al esfuerzo de Salomón Resnick, comprende no sólo un reflejo de la capacidad judía, de su diversidad y de su frescura, sino también el panorama de un fragmento de humanidad en su aspecto psicológico o moral y que no siempre perciben los gentiles en su profundidad o en su vastedad.

No debemos confundir a Salomón Resnick con el traductor mecánico, para el cual las literaturas foráneas no son más que un material que requiere su industria. Resnick se sentía antes que nada, en esa labor sistemática, animado por un soplo de escritor que siente la necesidad de mostrar a la gente la belleza cuya percepción ha de enriquecer su vida espiritual y ampliar su visión del mundo. Amaba a esos escritores porque lo era a su vez, por su delicada comprensión, por su aptitud de interpretarlos y la sagacidad de ver en cada uno de ellos, no ya la particularidad en el procedimiento o descubrir en el rasgo de ingenio la substancia poética que los enaltecía y los ponía

por encima de lo efímero, sino lo más escondidamente íntimo y que trasmite en el sonido característico la vibración inconfundible de la personalidad.

Leemos los cuentos y los relatos traducidos por Resnick, de Peretz, de Sholem Asch, de Sholem Aleijem, las páginas de Méndele Mojer Sforim, los ensayos filosóficos o los tratados históricos de pensadores e historiadores judíos con la conciencia de que nos acercamos a su dominio sin que el paso del idish al español los haya despojado de su tono original o disminuido en algo de su esencia propia, su fuerte contenido intrínseco.

Pero la obra de Resnick en su calidad de traductor se completa con su obra de literato y de publicista extendido en casi treinta años de acción infatigable. Resnick ha publicado importantes ensayos, introducciones que tienen el valor de un análisis decisivo en lo que atañe a autores y al momento en que llegaron a su apogeo y ha explicado también en escritos que habrán de reunirse y que serán un testimonio de su talento y de su laboriosidad, problemas judíos en que se denuncia su actitud militante como individualidad que lleva en sí una herencia de dolor y una obligación de atenuarlo con su lucha.

Llega así a la fundación de *Judaica*. En esa revista densa y varia hallaron la posibilidad de ahondar la vinculación judeocontinental escritores de todas las repúblicas de América. Durante trece años ha sido *Judaica* una tribuna prestigiosa y austera de la cultura judeo-hispánica. En sus páginas se esclarecían obscuridades históricas, nociones curiosas de filología y ángulos remotos del antiguo pensamiento judío o hispano-judío. La obra que llevó a cabo Resnick en su revista, con su personal contribución, independiente de su tarea avasalladora de director, comporta un caudal enorme de inteligen-

cia, de sabiduría, de insigne amor a las letras, de deseo valeroso de facilitar ese goce a la muchedumbre lectora. Mucho ha creado Salomón Resnick para conquistar la perduración de su recuerdo. Su nombre está asociado a lo que hizo en el orden de la civilización un pueblo sin asidero territorial y sin reposo, en el postrer medio siglo, en un instrumento lingüístico que la Europa culta consideraba una jerga rudimentaria. Y más aún realizó Resnick con la publicación de *Judaica*, que ya se estimaba en América como un gran órgano de la Argentina intelectual. Podíamos esperar, pues, de este traductor benemérito y de este escritor persistente la continuación de su fecundo trabajo de esclarecedor y de reflector del alma judía.

Poco antes de iniciar Salomón Resnick un viaje americano me visitó para explicarme su objeto. Conversamos sobre amigos comunes de América y la forma en que participan, con amplitud filosófica y con honda cordialidad humana, en la empresa en que mi amigo conquistó, a través de largos años de fatiga, un ascendiente tan alto. Proponíase una vez más recorrer las repúblicas del continente, detallar en conferencias y en pláticas, ante las comunidades judías o ante auditorios cristianos, lo que formaba su misión en la vida. No era su primer viaje. Nunca me habría imaginado que fuera el último. No obstante haber sido interrumpida, su obra se ofrece, por lo abundante y armoniosa, en su plenitud concluyente. Siempre se presentará ante el espectador o ante el estudioso como una construcción de conjunto, lograda y valedera por su utilidad informativa y profundamente meritoria por la fe en la belleza, que ha dado a la existencia de Salomón Resnick una dignidad y una importancia que mantendrán su nombre en los grupos civilizados con un duradero sentimiento de admiración y de gratitud.

Buenos Aires, julio de 1947



Salomón Resnick, *el enamorado del ídish*

Pini Katz

DE la mayoría de los escritores se puede decir que están enamorados de la lengua a la cual traducen. Tienen una satisfacción particular en buscar y encontrar con la mayor exactitud, los equivalentes en esa lengua que traducen para el lector las ideas, imágenes y el estilo contenidos en el original. Por supuesto que con esto manifiestan sus predilecciones por los escritores a los cuales traducen y por los autores hacia los cuales se sienten atraídos, como si fueran sus verdaderos colaboradores o co-autores, satisfaciendo de esa manera sus deseos más íntimos de que se conozcan sus obras, también en otro idioma.

En cuanto a S. Resnick, tengo la impresión de que si había emprendido la ardua tarea de traducir del ídish a los escritores judíos, era porque estaba enamorado de esa lengua y de sus escritores. De cualquier manera, no creo que Salomón Resnick haya recibido cualquier clase de estímulo de afuera, y menos aún, un estímulo de carácter material, que le hubiera obligado a sacrificar los mejores días y noches de su juventud, con el mismo fervor que lo hacen los estudiosos en las *ieshivot*, para traducir del ídish los relatos de Peretz. Estoy casi convencido de que el primer relato traducido por Resnick,

“Los cabalistas” de I.L. Peretz –esos cabalistas que no quieren abandonar ni siquiera por unos instantes sus estudios, para satisfacer sus necesidades materiales– tuvo una influencia decisiva sobre la futura carrera literaria de Salomón Resnick, para la cual se requería tanto fervor.

En honor a la verdad ¿a qué lector de habla hispana le hacía falta, en aquellos tiempos, el conocimiento de los escritores judíos, de los que ignoraba hasta su existencia? ¡De todos modos I.L. Peretz no era tan famoso como Shakespeare o Anatole France!

En aquellos tiempos no se tenía en la Argentina ningún conocimiento de los escritores escandinavos, de Hamsun, de Ola Hansen y de Strindberg; no se interesaron por ellos ni los editores ni los suplementos literarios de los diarios. En cuanto a la moderna literatura judía, no se sospechaba su existencia y menos aún se tenía conocimiento de la existencia de una lengua judía.

Salomón Resnick tuvo por eso un doble cometido. Se había propuesto descubrir al lector de habla hispana el lenguaje judío y la literatura judía, o más simplemente hacer conocer las obras escritas en ídish – la lengua de los millones de judíos que representan a los que estuvieron o están radicados en la Europa oriental y a los de la inmigración americana, incluida ya en ella los doscientos mil judíos emigrados a la Argentina, y hacer conocer la literatura de estos millones de judíos, que tiene tras sí una trayectoria de cuatrocientos años de antigüedad, si se empieza a contar desde la época de las primeras imprentas, que a la par de los libros sagrados, imprimían también los romanos caballerescos recogidos y hechos propios por los juglares y cantores judíos de aquel entonces.

No le fue fácil a Salomón Resnick ese trabajo. Resnick debía, antes que nada, destruir ese grueso muro tras el cual se refugiaban

los que sustentaban opiniones falsas sobre el particular, debido a esa ignorancia perdonable de los no-judíos con respecto a los judíos, sobre quienes ignoraban si tenían una literatura propia además de la Biblia y el Talmud, y si tenían otra lengua que no fuese la bíblica o talmúdica, y si en general, hablaban otra lengua propia además del idioma de aquellos países de los que procedían.

Esas opiniones falsas sirvieron, por otra parte, para ayudar a crear un snobismo tonto entre ciertos judíos que quisieron adornarse con el rancio abolengo español, o se dedicaron de lleno a los poetas judíos que escribieron únicamente en idiomas extraños como Heine, Disraeli, Zangwill... ayudando así a presentar a la masa judía que procedía de la Europa oriental, como a una masa inculta que no había producido ningún valor literario, o como algunos otros, que consideraban como autores propios a Tolstoi y a Gorki, los más conocidos aquí de los escritores rusos en aquella época.

El primer escritor judío que Salomón Resnick presentó al lector judío de habla española, a los lectores no judíos y, también, a los jóvenes judíos cuyos padres y preceptores no se tomaron siquiera la molestia de revelarles la existencia de los escritores judíos, fue I. L. Peretz. Y Resnick lo hizo con plena conciencia. Al hacerlo tuvo muy en cuenta a ese buzo, que sondeó muy hondo en la espiritualidad judía, sin perder al mismo tiempo su espíritu occidental.

Hizo de cuenta que eso sería provechoso y accesible, al mismo tiempo, a todos los lectores. Debe hacerse notar aquí que Salomón Resnick fue en toda su existencia un hombre práctico y una inteligente cabeza, como lo he caracterizado alguna vez. Fue el racionalista que ni un sólo minuto quiso encontrar en Peretz al *jasid*, sino a aquel que puso el jasidismo al servicio de sus ideas racionalistas.

El primer libro de cuentos de I.L. Peretz, en castellano, bajo el título de *Los cabalistas*, precedido por un inteligente comentario sobre la lengua idish, que Resnick editó por cuenta propia, tuvo realmente el significado de un hallazgo, e hizo el efecto de una verdadera revolución, como la embestida de un tren. La crítica recibió el libro con la boca abierta, como si se tratase de un milagro. Existen en la literatura escritores de gran riqueza espiritual, pero la espiritualidad de Peretz, admitieron, era de un sentido bien distinto. De esa manera Salomón Resnick los conquistó en favor de la literatura judía y en favor de ese idioma, nuevo para ellos, y con el cual se puede dar vida animada a los más valiosos tesoros del espíritu.

Justamente desde entonces, y vale la pena dejar constancia de ello, la palabra idish, que sirvió para designar en la Argentina el idioma de los judíos, se introdujo en la lengua española y fue reconocido jurídicamente como uno de los tantos idiomas que se habla en el país, y las actas, en traducción autorizada, que se redactan en esa lengua, son reconocidas en los Tribunales como válidas.

Eso deberá ser anotado en la cuenta de Salomón Resnick, cuando se escriba la biografía de este hombre que con su múltiple actuación tuvo tanto ascendiente en la vida social judía. Su biógrafo deberá naturalmente tener en cuenta lo que antecede, no como una obra casual, sino como el resultado de su ser judío, de su refundición orgánica con la lengua y la cultura judías, de las que no se separó ni un solo instante, desde su más temprana edad, cuando se ligó a ella como maestro de escuela y pionero de esa cultura, en una colonia judía.

Es digno de señalarse que su comentario sobre el idish, que sirvió a Salomón Resnick de prefacio al referido libro de cuentos, lo escribió en un tono informativo, como solía escribir sobre muchos temas: sobre los escritores y sus obras y sobre diferentes problemas sociales;

pero esa manera de comentar, muy suya, resultaba indirectamente una apología de ese lenguaje, que incluye las experiencias judías de todos los tiempos y países que el pueblo judío cruzó en sus migraciones y que al fin, se ha refundido y cristalizado en la moderna literatura judía.

El ídish y la literatura judía fueron el elemento de Salomón Resnick, fueron su primer amor, al que dedicó sus noches y sus días, aunque escribiera, en verdad, tan poco en ídish y se pasara toda su vida editando en castellano publicaciones judías, primero *Mundo Israelita* junto con León Kibrik, y más tarde, la revista *Judaica*, que dirigió hasta su muerte.

Cualquier obra social que Salomón Resnick hubiera emprendido, no pudo haber empañado nunca la figura de ese enamorado del ídish, que conquistó tantos adeptos para la literatura judía.

Buenos Aires, julio de 1947

Vino añejo en odres nuevos

Elias Lipiner

"Hay un recipiente nuevo lleno de vino añejo" (Abbot, Cap. 4)

I

CUANDO al comienzo de nuestro siglo descendió la hora nebulosa sobre los templos de cultura judía amenazando al judaísmo europeo del este con el exterminio fatal, el Señor legendaro, vigía de nuestro pueblo, creó los varones más selectos para forjar el nuevo rumbo de la cultura nacional judía.

Nuevamente surgió aquella dúctil solución que siempre servía de mágico amuleto para contrarrestar la corriente devastadora, tan frecuente en nuestra existencia histórica. Con la nueva generación fueron brotando nuevos valores: "Vino añejo en odres nuevos".

Esta santa aspiración constituyó para Bialik un principio vital que condensó en la expresión "Kinus", es decir, la concentración y la solución de todo lo religioso, y convirtió su contenido, mediante comentarios e interpretaciones modernas, en literatura moderna, haciéndola accesible a las nuevas generaciones.

Empero, si en los países europeos bastaba para ello reimprimir en forma legible los antiguos textos, adicionándoles los comentarios de práctica, aquella nueva orientación del "Kinus" chocó en los países americanos con graves inconvenientes debidos a su vida específica, que los obligaba a temperamentos radicalmente distintos: era necesario verter todo en un nuevo lenguaje.

Los pueblos jóvenes del continente americano se hallan aún hoy en constante evolución nacional y hacen colosales esfuerzos para estabilizar su equilibrio étnico, a expensas, naturalmente, de las pequeñas minorías, que convergen en su crisol, esgrimiendo sus esfuerzos legales para construir la unidad nacional. Esta presión condujo a que la generación judía se distanciara del ídish y del hebreo hasta llegar a ignorarlos por completo.

Surgieron idealistas de embate contra esta corriente. Los simpatizantes del ídish soñaban con imponerlo como idioma dominante. Los hebraístas, en imponer el hebreo. Esta lucha no conducía a nada, y tanto el ídish como el hebreo se circunscribieron al aprendizaje escolar, ya que el idioma patrio invadía la casa y la calle.



Los hubo entre ellos más moderados, de mente despejada, que, con sentimiento piadoso pero con mano firme, realizaron la operación quirúrgica sobre el organismo nacional, con la plena convicción de la urgente necesidad de sacrificar las formas para salvar el hondo contenido judaico.

En los países latinoamericanos ocupa el lugar sobresaliente Don Salomón Resnick. Oriundo de la Europa oriental, con un amor entrañable hacia el idish y el hebreo, fácil es de imaginar la lucha interna que el notable escritor tuvo que librar antes de decidir la consagración de su pluma a la lengua castellana, a la que vertió las obras maestras de Peretz, Abramovich, Dubnow, Sholem Aleijem, Opatoschu. Recuerdo una conversación que tuve con Resnick respecto a estos problemas. Me dio a entender que dichas traducciones no le satisfacían y que, a pesar de estar convencido de su absoluta necesidad, lo hacía porque tenía la impresión de que eran imprescindibles, aunque reconocía que el verdadero aroma se evapora al transvasar el perfume de un recipiente a otro. Le apenaba también la insistente crítica de los empedernidos en perpetuar la apariencia arcaica del judaísmo antes de malgastar las energías en nuevas creaciones.

Le hice presente en su oportunidad que nuestros talmudistas habían librado una dura batalla contra las traducciones de la literatura bíblica. Rabí Gamliel, el anciano, anatematizó una obra de Job que llegó a su poder. Más tarde empero, venció el afán de mantener latente la existencia de su pueblo y suavizaron su lucha al extremo de haber canonizado una traducción de la Biblia al arameo, obligando "a leer dos veces el original y una la traducción". Demás está consignar que la traducción es el medio más eficaz para hacer cono-

cer el pueblo judío ante los pueblos que nos juzgan erróneamente y nos odian inmerecidamente.

No sé si este ejemplo consoló a Resnick. Pero como el sagrado escriba, continuó su obra que puede apreciarse tan solo mirándola a través del prisma que el pueblo judío ansía como una ley biológica: subsistir eternamente a través del espacio y del tiempo indefinidos, y a pesar de todos los obstáculos históricos que se le interpongan hasta el final de los siglos.

Río de Janeiro, marzo de 1947

Recuerdos y semblanza de Salomón Resnick

Lea Sestieri de Scazzocchio

HACE ya algunos años, mientras trabajaba para la revista *Israel* de Florencia, me encontré con que debía preparar una nota bibliográfica de algunas revistas extranjeras. Entre ellas había también una en español, llegada de Buenos Aires y se llamaba *Judaica*.

Fue éste mi primer encuentro con la producción literaria judeo-rioplatense y con Salomón Resnick. Era ese uno de los primeros

números de *Judaica*; seguí luego leyendo la revista por algún tiempo, todas las veces que llegaba, y me fui enterando así del movimiento cultural judío en América del Sur. Sobre todo, esta lectura ensanchó mi horizonte, al revelarme que también en aquellas tierras lejanas existían personas que dedicaban su tiempo al desarrollo de la cultura hebrea y a la difusión de nuestros tesoros literarios. *Judaica* me pareció ya desde entonces una verdadera antorcha cultural en el mundo americano.

Más tarde, con mayor experiencia que en aquellos años, pude apreciar mucho mejor la revista editada por Resnick. Pero en aquel entonces no conocía yo al ambiente judío latinoamericano, y no podía apreciar en *Judaica* y en la persona de su director, justamente aquella libertad de vínculos ya políticos ya religiosos, que hacía de esa revista una tribuna libre para toda la buena y verdadera cultura judía, y de su director uno de los hombres más interesantes entre los intelectuales judíos argentinos.

Dejé Italia y desde entonces ya no tuve oportunidad de leer *Judaica*. Pero cuando, después de unos años, las vicisitudes del judaísmo europeo me trajeron al Río de la Plata, mi primer contacto con la vida cultural judío-americana consistió, por una agradable coincidencia, en un inesperado reencuentro con *Judaica*. En efecto, quiso la casualidad que, por consejo de unos amigos, enviara mi primer artículo en español a Salomón Resnick. Su nombre, como director de esa revista leída por mí tantos años atrás, se había desvanecido en mi memoria. Sólo más tarde, al recibir la revista, al ver su presentación tipográfica, y al leer en ella el nombre de su director, me di cuenta de que yo volvía a encontrarme con una vieja amistad. Y fue así, quizás por aquel cariño a las cosas que recuerdan nuestro pasado feliz, y por la simpatía que desde aquel pasado ya me había ligado

a esta revista, que empezó entre Salomón Resnick y yo una de las mejores y más sinceras amistades que yo haya tenido en estos años de residencia en Montevideo.

Cuando un año después lo conocí en Buenos Aires, estaba en su escritorio, rodeado por todos aquellos libros que habían contribuido a formar su conciencia de hombre libre.

Ya desde ese primer encuentro tuve la satisfacción de reconocer en él aquel tipo de judío entre europeo y americano que había apreciado a través de la lectura de su revista.

La conversación fue larga, variada, agradable; se repitió después cada vez que volvimos a encontrarnos. Me gustaba tocar a veces algún argumento de interés general, que pudiese suscitar alguna polémica, para escuchar su opinión, siempre interesante.

Hablaba con sencillez, sin rodeos, llegando sin titubear a la esencia de su idea y de su mismo pensamiento, con frases a veces tajantes y hasta mordaces. Sus observaciones agudas sobre obras y personas hacían la conversación con él atrayente y provechosa.

La mayoría de las veces, se revelaba en él el mismo espíritu libre que animaba la elección de los artículos de su revista. En su voz se sentía, y se veía en su inteligente mirada, la admiración y la comprensión por todo lo bello y lo humano. A través de sus palabras fluyentes que querían ser las de un hombre práctico, asomaba el semblante de un soñador del ghetto. Había emigrado de la Rusia zarista hacia la América libre y en este aire de libertad había despertado su espíritu hacia sueños de igualdad y de derechos sociales. Y estos sueños, llevados hasta conclusiones muy personales, eran quizás los que lo separaban del medio ambiente y hacían de su persona una figura aislada, que había vertido todo su idealismo en el amor al saber y a la belleza.



Valoración de Salomón Resnick

Cecil Roth

Profundo admirador de la literatura ídish y de los tesoros que nuestros mejores escritores y poetas dejaron en este idioma, dedicó su vida al empeño de difundir esos tesoros en el mundo de habla española. Me parecía entonces en su modestia y en su sencillez un Quijote de la literatura ídish. Un Quijote, porque había hecho de un sueño el fin elevado de su vida.

Era un judío completo, pese a algunas actitudes aparentemente asimilacionistas. En realidad la lucha de toda su vida fue dedicada al triunfo de la cultura judía en un ambiente descuidado y asimilado.

Quizás aún no se haya apreciado bastante el aporte cultural que Salomón Resnick nos brindó con sus obras y la gran ventaja que representa aún hoy para el judaísmo argentino su obra de traductor y editor. Pero no cabe duda de que él luchó para todos nosotros, y que también dedicó su vida a la causa común. En realidad muchas son las formas con que se puede servir al judaísmo; él quizás eligió la más pura. *Judaica* fue el resultado de esta elección, y en ella quedará por siempre el reflejo de su noble actividad y de su aspiración hacia un mundo mejor; un mundo donde, por lo menos, la cultura quede libre de todo servilismo y de toda pasión.

Nosotros que permanecemos en esta tierra que él amó y que seguimos luchando por el judaísmo y por el triunfo de nuestra causa, no olvidaremos el aporte de bien que partió de su personalidad, y el impulso sano que él nos ha transmitido con su elevada y desinteresada obra cultural, de que esta revista será vestigio y proyección en el futuro.

Montevideo, junio de 1947

EN mi opinión D. Salomón Resnick ocupó una posición única dentro de la historia de las letras judías. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII surgió en Holanda, en Inglaterra y en otros países de Europa, una valiosa y riquísima producción literaria, escrita por judíos en lengua castellana e íntimamente unida con la antigua tradición del viejo Sefarad. En el siglo XIX se quebró dicha tradición. D. Salomón Resnick entregó su vida entera a la tarea de hacerla revivir brillantemente en los países de Sud América, hoy herederos de las antiguas tradiciones de los judíos de habla española.

Conozco sus trabajos en otras esferas, pero a mi entender éste es el más importante que realizó D. Salomón Resnick. *Judaica* constituye una gran colección de innumerables tesoros.

Su nombre habrá de quedar en la historia como el de uno de los fundadores de la nueva tradición hispano judía.

Oxford, mayo de 1947



Carta de saldo a Salomón Resnick

Fernando G. Campoamor

E me fue usted del mundo sin verle la cara, Salomón Resnick. Sin darle la mano curtida en diez años de amistad, la mano huérfana que contesta hoy su última carta. Siempre le escribía con la ansiedad de no hacerme olvidar, acaso como llamándose a esperarme sin impaciencia. Si algún día –¡ojalá!– me entraño en esos aviones que van al sur de América, ya usted, que se me fue del mundo sin verle la cara, no me esperará.

Como un despecho de esa frustración, le diré a Alberto Gerchunoff y a Carlos M. Grünberg, a Enrique Espinoza y a Lázaro Liacho, a los argentinos que le vivieron cerca: “Tengo de él una imagen retocada. Ni el humus austral ni las cenizas disueltas me la quitarán por toda la vida. Ningún lente más fiel que el tiempo que gané entendiéndole por sus letras, hasta hacerme ver en genio y figura. Me hubiera sido incierta y fugaz la pupila, dócil a la emoción del gesto y del color”.

Ahora le contaré a sus amigos, Salomón Resnick –ahora que no es indiscreto–, el castigo que me trae su ausencia y el repaso de lo que usted ha podido en mí. Cómo la valija iba arracimándose los

números de su revista *Judaica*, cicerone que me paseó diez años por el espeso y sufrido peregrinaje del pueblo de Israel. Mejor intérprete no tuvo en Luis de Torres aquel alucinado Cristóbal Colón, que también buscaba caminos. Su noble pregón, trabajado palabra a palabra, dio torno a mi arcilla manual. Le oí mucho tiempo el agudo humor crítico, el gotear de su cultura humanista que fue filtrándose hasta hacer conciencia y simpatía de su causa. ¡A cuántos que no alcanzamos el ídish ni el hebreo nos llegó como un estado de gracia la semilla de su misión en la fuerte lengua española! Si como antillano de esta isla debo a sus gentes judías el azúcar que nos trajeron de Madeira, a usted, bueno y laborioso Salomón Resnick, le debo el entendimiento cordial de su gran raza perseguida por las cruces de todas las inquisiciones.

Esas espigas que pasaron, célula a célula, de la raíz a la fronda, ganaron mi posible inteligencia en diez años de amistad. Es una fibra que no vence el hacha de la muerte suya.

Artemisa, Cuba, primavera del 1947



El pensamiento de Resnick

Robert Levy

UNA revista argentina, al dar cuenta del reciente fallecimiento de nuestro dilecto amigo, acaba de escribir: "Con Salomón Resnick desaparece un destacado valor intelectual del judaísmo local".

Es sensible tener que confesar que en esta ocasión el sentido localista ha hecho desaparecer la clara perspectiva universalista con que Resnick encaró su misión dentro de los límites inconmensurables del judaísmo.

En uno de sus viajes, el ilustre desaparecido que investía el alto cargo de delegado del Instituto Científico Judío de Wilno, IWO, fue festejado por nuestro Grupo de Cooperación Intelectual con un gran banquete realizado el 27 de julio de 1942, definía su tesis universalista con los siguientes conceptos que recogimos fiel y textualmente:

Los judíos, con su experiencia milenaria, dicen a los escritores de los pueblos jóvenes que habría ventaja en que tomaran ejemplo de los escritores judíos que escriben con criterio universalista.

Y agregaba:

Trabajo leído por el autor durante el acto recordatorio de Salomón Resnick, organizado por el Comité Representativo de la Colectividad Israelita de Chile y su Grupo de Cooperación Intelectual, en Santiago de Chile, el 12 de agosto de 1946.

Yo, con Enrique Espinoza, escritor argentino aquí presente, y algunos otros, consideramos que nuestra labor consiste en enriquecer a las letras americanas, trayéndoles una nueva faceta de índole judía. La cultura judía que predicamos no será superpuesta; tratamos de que sea asimilada a la cultura americana, dándole una nueva forma. Pero, simultáneamente, la cultura judía no se deformará y conservará sus principales características.

Tal incesante prédica, difundida por todos los países de nuestro hemisferio, hubo de convertir a Resnick en un incontestable valor continental y si su fama no logró extenderse a otros continentes convulsionados por factores por cierto muy ajenos a la cultura, ello se debe, sin duda alguna, a las desgraciadas condiciones imperantes en la mayor parte del orbe, desde el año 1914.

De América, fue Resnick un hijo dilecto.

Porque "en América, no todo está perdido, puesto que aún nacen poetas", como dijera alguna vez Enrique Méndez Calzada.

Si fuésemos adictos a la ciencia grafológica, diríamos que la enérgica firma de Salomón Resnick bastaba para revelar la firmeza de su carácter, la decisión del hombre y la senda rectilínea de su pensamiento.

De arriba a abajo, un final tajante y enseguida, un subrayado imperioso, he aquí el testimonio imperecedero del hombre que siguió una línea definida y constante, la de la cultura judía enlazada estrechamente con la univesal.

Y así era Resnick: de aspecto frío, de energía acumulada, de ironía constructiva, de una sola pieza.

Todo un carácter.

Así lo conocimos hasta el final, hasta aquel último viaje a Chile, cuando presintiendo quizás su implacable destino, aparecía físicamente decaído, pero siempre animado por el dinamismo vital que

en su espíritu había inyectado la perspectiva de un viaje a los Estados Unidos, al servicio de los desamparados que socorre el Joint.

Con alta dignidad, desempeñó durante treinta años el cargo de plenipotenciario de la cultura judía.

Y ahora, ¿habrá un hombre de su temple, capaz de reemplazarlo?

II

Su vida cultural se desarrolló paralela a la de Alberto Gerchunoff, que en el año 1919 prologó *Los Cabalistas* de Isaac León Peretz, su primera traducción; a la de Enrique Dickmann, ardiente defensor de la libertad; a la de César Tiempo, autor de *El Sabatión Argentino*.

Los tres arribaron al continente a muy temprana edad, asimilando admirablemente el ambiente sin traicionar el acervo de su cuna original.

Hemos vuelto a hojear las hermosas páginas de la revista *Vida Nuestra* para bucear en la vida espiritual de Resnick.

Allí colaboró con Gerchunoff, Dickman y Alfredo Palacios y también con los chilenos Gabriela Mistral, Pedro Prado, el Padre Luis Felipe Contardo y otros; era un mensual porteño que tuvo una existencia quinquenal. Lo ilustraban, entre otros, Bilis y Nemirovsky.

En esas páginas, ya demostraba Resnick su afición a la polémica literaria, atacando duramente, en el número de junio 1921, la obra *Cuentos judíos contemporáneos* que había visto la luz pública en Madrid, bajo la firma de Rafael Cansinos-Assens. También, escribía sobre Nomberg y daba apuntes sobre *Dibuk* de Ans-ky.

Y ya contribuía a ensanchar horizontes continentales, acogiendo "La montaña de noche" y "La lluvia lenta" de Gabriela Mistral.

Más tarde, habría de traducir a Isaac León Peretz, Simón Dubnow, Mendele Mojer Sforim, Iser Guinsburg, Scholem Aleijem, José Opatoschu, Jaime Zhitlowsky, Scholem Asch, Kropotkin, Rocker, Pelman, Coralnik, Rashi y tantos otros.

Zacusky, poeta argentino, comentando su traducción de Scholem Aleijem, escribió:

"Parece que Scholem Aleijem estuviera hablando; el mismo ritmo idiomático del gran humorista, su manera de construir y de expresarse; su cordialidad y su amor. Nuestro traductor (Resnick), precisamente, se distingue por su fidelidad al autor; mejor dicho, se identifica con él. A Resnick no cabe aplicarle el conocido dicho: *Traduttore-traditore*. Por el contrario, ha elevado su trabajo a una alta categoría artística (...) la labor de Resnick nos satisface. Satisface plenamente. Más, estamos encantados de ella. Realiza su tarea a la perfección, porque conoce la responsabilidad que asume. Es el único que presenta tan bien a las letras en idish ante el mundo hispanoparlante. Por esta comprensión y esta labor, merece Resnick nuestra gratitud. Es lo que hemos querido expresarle aquí."

Otros hablarán también de los libros originales de Resnick sobre literatura idish, sobre nacionalismo espiritual, sobre la post-guerra (1931); nosotros quisiéramos decir que sus impecables traducciones bastarían para formar el más sólido pedestal de su gloria de emancipador de las trabas de esa Torre de Babel que supo derribar con perseverante talento.

III

Judaica —que fue la niña mimada de sus ojos— estuvo siempre abierta a las inquietudes continentales.

Y Chile, país en el cual Resnick cosechó tantos afectos, no hacía por cierto figura de pariente pobre en sus columnas.

Así sintetizaba una de sus grandes y nobles obsesiones: el porvenir de nuestra juventud y la comprensión de nuestros problemas entre los pensadores no-judíos.

Sin embargo, no creemos que esperase mucho de esta generación...

Judaica fue siempre una tribuna libre; ojalá siga siéndolo.

Recordamos la interesante polémica que en sus columnas se desarrolló sobre "El problema del judaísmo" entre el pensador argentino Enrique de Gandía y nuestro amigo, el Dr. Marcos Weinstein, de Valparaíso.

Al celebrarse el décimo aniversario de *Judaica*, Resnick escribía:

"Nuestra publicación, a pesar de su idiosincracia específica, no está destinada solamente a la colectividad israelita, sino a todos los hombres cultos, sean o no judíos. Y esto lo comprobamos con legítima satisfacción tanto por los lectores no-judíos con que contamos, como por nuestros colaboradores no-judíos. Vemos en esta conjunción de fuerzas un símbolo de colaboración espiritual promisorio, un acercamiento destinado a rendir con el tiempo muy buenos frutos. La obra lenta, pero ilustrativa, de nuestra revista y de nuestros libros, complemento natural de aquellas, ha ido suprimiendo abismos. En la escala en que nos ha sido posible, hemos tratado de llegar a las esferas cultas no-judías de América, no por medio del panegírico ni de la hipérbole, fundada o no, sino valiéndonos de exposiciones elevadas, de estudios imparciales, de cuadros literarios reales. Creemos no haber incurrido jamás en un tono sectario, cualquiera que fuera, ni ideológica, ni racialmente. Estas páginas han estado siempre abiertas al debate sereno, cuando era preciso, viniere de donde viniere, orientado por un espíritu de absoluta tolerancia."

Esta fue la tarea, a veces incomprendida por algunos de aquellos a quienes favorecía, del director de *Judaica*: suprimir abismos con el medio ambiente, sin caer nunca en inútiles estridencias.

Alumbrar el camino para que todos, amigos y extraños, pudieran seguir la senda hacia la verdad, por él perseguida durante cerca de cuatro décadas.

Porque "en su ser había un corazón que alentaba la ternura humana y la pasión por lo perdurable", como lo dijera *Noticias Gráficas* en la necrología que le dedicó.

V

Para nosotros, que vivimos en este Chile que tanto apreció a Resnick, no nos serán suficientes las palabras en que procuraremos sintetizar el eco y la voz de la gratitud a que se hizo acreedor por su constante interés por lo nuestro.

Hemos vuelto a leer las colaboraciones de escritores chilenos que sembró en *Judaica*; sus impresiones personales escritas a raíz de un viaje en el año 1936 y el estudio de 1943 sobre literatura chilena.

Todo con ese fraternal hálito con que contemplaba la labor ajena, ajeno como era a las capillas que suelen convertir el mundo de las letras en una lucha fratricida.

Lo dicho vale tanto para Chile como para Colombia.

Cuando "descubrió" a Salomón Brainski, en Bogotá, le aconsejó que dejara de escribir sobre el ghetto europeo de sombrías evocaciones y enfocara temas americanos, de la vida judía y colombiana.

Y fue una nueva oportunidad para que exteriorizara su pensamiento americanista. Escuchemos a Resnick en el prólogo de *Gentes en La Noria*, obra de Brainski, traducida por Luis Vidales:

"América, tierra libre de prejuicios, está destinada a fusionar a los seres más dispares, a aproximarlos, a diluir entre ellos los motivos del odio racial. Por eso resulta agradable que un escritor judío, que no

cultiva el idioma de América, haya sabido identificarse en forma tan natural y cordial con el medio americano, en este caso con el medio colombiano. Nacido en otras tierras, cultivando su lengua foránea, habituado a otra sensibilidad, ha escrito, sin embargo, un libro que es bogotano, que es americano. Y como para complementar este acierto feliz, esta identificación del judío con lo americano, ha tenido la suerte de que un poeta colombiano (Luis Vidales), un no-judío, que desconoce el idioma del autor, se haya unido a éste para traducir a un lenguaje armonioso y fluido, salpicado de preciosísimos localismos, sus cuentos típicamente locales."

Nosotros preguntamos: Aquí en Chile, allá en otros países americanos, ¿no habrá otros poetas autóctonos dispuestos a seguir el ejemplo de Luis Vidales, poeta colombiano?

Quizás sí.

Sólo faltaría un Resnick redivivo, como editor y prologuista.

VI

Judaica, que encerró parte del pensamiento de Resnick, está en peligro de muerte.

El día 19 de junio de 1944, se rindió un grandioso homenaje a la revista con motivo de cumplirse el décimo aniversario de su fundación. Lo ofreció Alberto Gerchunoff, otra de las glorias de las letras judías en nuestro continente.

Procurar que sea asegurada la continuidad de *Judaica* es el nuevo homenaje que ahora debe rendirse al pensamiento de su fundador.

Resnick lo presintió en febrero próximo pasado, al escribir, refiriéndose a los aspectos de la vida societaria judía continental:

"La primera faz de nuestro arraigo en estos jóvenes países se limitó al afianzamiento material de nuestra estabilidad colectiva. Podemos

decir, en términos generales, que la hemos cumplido brillantemente. Ahora hace falta completar esa faz externa con obras de contenido profundo, de un sentido judío original y de fuerzas, para ir produciendo, a nuestra manera y conforme al ambiente en que vivimos, esa modalidad judaica a que todos aspiramos y que nadie, o casi nadie, se ocupa de hacer arraigar en forma sólida."

¿Qué obra mejor sería en este sentido que asegurar la continuidad de *Judaica*?

VII

Con noble persistencia, Resnick extendía por doquiera su pensamiento universalista del judaísmo liberado del espíritu de ghetto. En una ocasión, escribió:

"Debemos perseverar en nuestra obra secular y producir valores intelectuales en todos los campos de la cultura, en todos los idiomas que empleamos, colectiva o individualmente, sin importárenos si eso resultará del agrado o no de los retrógrados o chauvinistas."

Más tarde, amplió su pensamiento:

"El contacto con las esferas no-judías en el orden espiritual, la convivencia con los productores y consumidores de la cultura americana, puede formar con el andar del tiempo esa atmósfera de comprensión y de tolerancia tan necesarias para el mejor logro de las aspiraciones colectivas. Hora sería ya de que los dirigentes más comprensivos de nuestra colectividad, los hombres dotados de más comprensión, enfoquen este problema con altura y le busquen una solución digna y eficiente."

Se refería a la colectividad judía de Argentina, pero sus conceptos podrían aplicarse a muchas otras.

Es que tenía profundamente arraigado el convencimiento del nexo que une al judío con este continente.

Fue así que escribió:

"Yo soy argentino, pero no puedo desligarme de la simpatía moral e intelectual por una cultura milenaria e interesante y fecunda como la judía. Por eso, me ocupo de introducirla en América. No creo en los privilegios de ninguna sangre, pero sí en la convivencia con todos los seres humanos."

VIII

Oigamos ahora juicios ajenos por cierto muy autorizados, sobre la labor intelectual de Resnick.

Del poeta judío Nathán Bistrizky:

"Basta el hecho de la existencia de una tribuna literaria en idioma castellano (*Judaica*), que informa al mundo judío, y muy posiblemente, en cierta medida también al mundo no-judío, sobre hechos, cuestiones y problemas que incumben al espíritu y a la cultura judías, tanto a la moderna como a la antigua – basta este sólo hecho, digo, para merecer el más cálido de los aplausos."

Del gran crítico literario de *La Nación* de Santiago de Chile, Ricardo A. Latcham:

"Todo el libro *Estampas del Ghetto* (traducido por Resnick), respira un particular humorismo y un gran sentido humano. La literatura judía en castellano se enriquece con una obra originalísima, y que ha tenido el honor de ser traducida con propiedad y conservando sus matices raciales y estilísticos."

De la escritora Myriam Niemtzoff:

"Al traducir *Razas de Opatoschu*, Resnick ha mostrado al sector no-judío otro pliegue del alma judía. Su magna obra, sin par en nuestro medio, va ensanchando la órbita de autores en idish, factibles de ponerse en contacto con los lectores españoles. Paso a paso y por medio de sus representantes literarios se va desvelando la incógnita de nuestra sensibilidad."

La obra de Salomón Resnick

José Santos González Vera

CONOCI a Salomón Resnick hace muchos años, cuando comenzó a publicar la revista *Judaica*.

En su adolescencia se incorporó al movimiento anarquista, cuya ideología dominaba en Argentina y primaba en Europa. No se contentó solamente con escribir. Quiso verter al español las obras más significativas. Entre sus primera traducciones figuran libros de Pedro Kropotkin y de Rodolfo Rocker.

Más tarde se sintió llamado a colaborar en la defensa del pueblo hebreo, perseguido con intermitencias en Europa y en Oriente, y calumniado en nuestro continente por aquellos individuos que alimentaban su criterio con la propaganda de la Acción Francesa, preforma del fascismo que después logró envenenar al mundo.

Acaso el pensamiento de deshacer los errores que se propalaban contra su pueblo, lo indujo, luego de colaborar en diarios y revistas ajenos, a crear un órgano propio que aportara elementos de juicios sobre la historia y la vida presente de los israelitas en el mundo.

Solo, como buen individualista, fundó *Judaica* y comenzó a escribir, a buscar colaboraciones, a traducir, a corregir pruebas, a crearle lectores, a despachar cada número y a las mil pequeñas tareas que una revista impone a su editor.

En esta empresa que muy pocos son capaces de continuar, estuvo Salomón Resnick, sin desalentarse ni restarle un minuto, trece

largos años. Una circunstancia feliz, el ser designado delegado del Instituto Científico Judío IWO, le impuso la obligación de viajar por cada país americano. Junto con cumplir con el Instituto, reunía materiales para su revista y le conquistaba nuevos lectores y suscriptores.

No se conoce en español otra publicación que la iguale o que siquiera se le aproxime. *Judaica* es un archivo riquísimo de documentos sobre la historia judía, el pensamiento de sus grandes valores y la repercusión que este pueblo tenaz, endurecido por la incompreensión, ha tenido en la mente de los gentiles. Considero que *Judaica* ha orientado a muchos intelectuales indígenas respecto al valor del pueblo perseguido. Fuera del valor de sus obras de creación, Resnick será recordado por la historia del periodismo americano como un ejemplo. Ha creado una revista singular, ha probado que una revista honrada puede vivir sin apoyo oficial y ha demostrado que el único trabajo eficaz es el trabajo paciente.

Si dolorosa es la pérdida de un hombre que ha encontrado sentido a su vida, y que la ha sometido a una disciplina grata a los fines que la humanidad persigue, más dolorosa sería que su revista *Judaica* se interrumpiese a causa de su prematura muerte.

¿Surgirá en Argentina u otra parte, otro hombre o mujer con tanta fe, con tan grande confianza en su propia fuerza como Salomón Resnick y con la generosidad suficiente para continuar esa pequeña empresa de tanta trascendencia?

Quince años atrás, el chileno medio, cuando necesitaba referirse a un semita, decía que era ruso. El término judío fue divulgado por los intelectuales y el antisemitismo igualmente. He querido evocar este hecho para que los hebreos comprendan de dónde viene el mal que los aflige y cuál es el camino que les permitirá romper el círculo

de prejuicios en que se ven contrañidos. A mi parecer deben conceder mayor crédito a sus artistas y escritores y asegurar a la obra de éstos la más amplia difusión.

El problema judío, como el problema del pan para todos, como el problema de la libertad, como el problema de la justicia, debe encontrar su solución previa en el espíritu de la gente. Del espíritu rebalsará a la vida exterior.

Así pareció entenderlo Salomón Resnick.

Santiago de Chile, agosto de 1946

Un intermedio espiritual

La incubación de una nueva tribu

A. S. Juris

Dedicado a la memoria de Salomón Resnick

PUEDE que sea la providencia o el genio de Israel, según lo quieren los modernos, dos príncipes imaginaron simultáneamente el magnífico sueño de solucionar la tragedia de su pueblo con la restauración de su reinado. Uno de ellos lo vislumbraba según fuera un conductor político, liquidando la Diáspora y restaurando Sión como Estado Judío, el otro, como protector filantrópico, mediante la colonización colectiva de los desplazados

en las dilatadas pampas sudamericanas. El Barón Hirsch era también un soñador a la manera de Zangwill, un obsesionado por la idea de una colonización en masa en la Argentina para formar un conglomerado cultural; abrigaba la ambición de fletar en día no lejano un vapor cuyo pasaje lo formaran los hombres mejor capacitados del mundo cultural no judío, escritores y artistas, para que fueran testigos oculares y se cerciorasen de la capacidad judía de sus inmejorables cualidades para desarrollarse espiritual y moralmente cuando se les brinda oportunidad de trabajo.

Hubiéramos deseado naturalmente que el Dr. Herzl convenciera al Barón Hirsch para que ofreciera sus millones a favor de Sión. De este modo, tal vez, constituiríamos hoy una mayoría en Tierra Santa, y nuestro trayecto histórico sería otro; es posible que mediante el Hogar Judío se hubiera evitado la matanza de millones de nuestros hermanos, y, por lo mismo, estarían abiertas las puertas del país judío para albergar a millares de desplazados y refugiados de la tiranía nazi, y muchos miles estarían a salvo. Si en tanto hemos lamentado el desacuerdo que existió entre el Dr. Herzl y el Barón Hirsch, debemos celebrar ahora la circunstancia de que merced a la fantasía o capricho de este último se llegó a trasladar de Gerson y de Lituania un contingente de 40.000 israelitas a este nuevo continente, formándose un respetable núcleo de colonos en Argentina y Brasil. Creóse así el judaísmo argentino de cerca de cuatrocientas mil almas en la parte sur y otro tanto en Centro América, en total 700.000 almas. Y ante la tétrica expectativa del exterminio del pueblo judío, podemos imaginar que aquellos dos astros mantienen el siguiente diálogo final:

Herzl: —A ti, a todos los antisionistas, y al mismo pueblo judío. ¿Se sienten afectados porque gracias a mi sueño de mi “estado judío”

podieron salvarse unas 600.000 almas judías del infierno europeo? ¡Cuánto no daría hoy el pueblo de Israel por salvar a medio millón más!

Barón de Hirsch: —Mi “capricho argentino”, ¿acaso no salvó más de medio millón de judíos al trasladarlos a tierra sudamericana, y ellos no han contribuido con mucho en auxiliar a sus hermanos en desgracia durante ambas guerras monstruosas como también para la reconstrucción de Palestina?

Difícil sería aventurar a favor de quién se decidiría el juicio histórico judío respecto del doloroso problema de los desplazados.

2. La dolorosa aparición de la nueva tribu

Los primeros cincuenta años de historia judía en el continente sudamericano se acaban de cumplir en giro vertiginoso. Hubo cambios fundamentales en nuestra estructura social, progresos económicos sorprendentes, deserción del campo tradicional al medio moderno. Aquí la juventud, alejada del idish que hacía gala del castellano o del lusitano en el Brasil, llegó a considerar al idish como lengua cultural para ser leída, una reedición del “Loschen Koidesch” (idioma sacro).

Surge ante nosotros el dilema ¿somos acaso los últimos mohicanos de un determinado género étnico judío con vivos europeo-orientales?, ¿o nos corresponde modelar una nueva tribu en el continente sudamericano, empleando el idioma utilizado en la Península Ibérica o en Portugal? Cábenos plantear un interrogante histórico: Si esta tribu, amalgama española-portuguesa hebrea, podrá crear hombres como nuestros ilustres antepasados de tan alta y gloriosa trayectoria filosófica, científica, literaria y artística en la antigua España y Portu-

gal, similares a Juda Leví, Ibn Ezra, Rambam, Abarbanel, y tantos otros. Cabe preguntar si esta nueva intelectualidad judía, al crear en el idioma nativo y en forma original, compenetrados conscientemente de su obra, estarán provistos del bagaje histórico-religioso y de los factores nacionales y étnicos indispensables, a semejanza de aquellos bardos y filósofos judíos de la península ibérica que mencionamos, haciendo posible esta dualidad de ser parte integrante de la nación, y al mismo tiempo, parte orgánica del pueblo judío universal, compartiendo sus penas y sus glorias. Ejemplos de ello nos lo dan Alberto Gerchunoff en *Los gauchos judíos*; Carlos M. Grünberg en sus poemas, y Saúl Gidekel en *Gabriel*, que son los primeros brotes de una creación consciente en el lenguaje nativo. Son los anuncios dolorosos del nacimiento de la nueva tribu dentro del continente latinoamericano en el viejo-nuevo castellano.

3. Islasofobia o doble lealtad

A esta nueva generación se le presenta un problema nada apoloético, sino netamente didáctico: debe poner en claro ante la opinión pública latino-americana el significado de este aislamiento, que puede ser esgrimido como arma política extranjera, que encubriría alguna amenaza contra la integridad o soberanía del suelo que habitan, aunque, y a priori, lo damos por descartado.

Los naturales deben habituarse a ver en el conglomerado judío un grupo excepcional, que fiel a la Argentina, como ciudadano y habitante, lo es al mismo tiempo a Sión. En su peregrinación a través de veinte siglos, el judío demostró como un hecho esta dualidad hacia sí mismo como tal, y al país donde vive como ciudadano. Una exposición inteligente y mesurada de este problema puede

conquistarnos la confianza y la simpatía del nativo, demostrando que el elemento judío se considera identificado con los problemas orgánicos del país, en todos sus aspectos, económicos, sociales, culturales y de progreso, y que al mismo tiempo, es un elemento indispensable a su pueblo, y ansía restaurarse como nación en el concierto universal.

4. Argentinos sí, judíos sí

Las aspiraciones de la colectividad israelita en nada se contradicen con la tradición nacional argentina y está impregnada de los más altos sentimientos, de los más excelsos próceres argentinos, como lo fueron San Martín, Alberdi, Moreno, Sarmiento, etc. Los postulados judíos son complementos moderados del ideal argentino en la historia contemporánea. Argentinismo, panamericanismo, panhumanismo, no son sólo los que tienen su arraigo en la historia contemporánea judía sino también, el universalismo judío, su religión, su ética, su justicia social y pacífica y su convivencia cosmopolita; en una palabra su mesianismo, piedra angular de su concepción cósmica, son postulados innegables del fondo básico que constituye el argentino, panamericano, ideal más humanitario.

Judaísmo es universalismo, y la existencia del pueblo judío en el universo y en Sión es uno de los fundamentos esenciales de la civilización americano-europea, y por lo tanto, de la Argentina. Al judío argentino cuadra tan sólo esta premisa: argentino sí, judío sí. Soy argentino como soy judío, conceptos nada separables y altamente justos. El amor a la Argentina es un amor natural hacia el terruño donde nació, me eduqué, vivo y habito. Mi amor hacia el pueblo judío es parte orgánica del amor que profeso a mis padres, a mi sangre, a

154 mi historia. Mi solidaridad con la trágica odisea del pueblo judío en todo el orbe y mi deseo de que Israel regrese a la Palestina liberada, es un ideal ético, que puede entusiasmar a judíos y no judíos de cualquier parte del mundo.

5. Intercambio intelectual

No puede haber mejor entendimiento entre seres y pueblos que el acercamiento espiritual, el intercambio de ideas y de sentimientos. Los grandes pensadores son universales e internacionales. Por eso no existe mejor comprensión entre la colectividad judía y la argentina que la motivada por la versión al castellano de los valores culturales hebreos, explicando e historiando así lo que somos. Los intermediarios espirituales son los más dignos emisarios de paz entre los diversos pueblos y sus culturas. En este aspecto la revista *Judaica* ha servido no sólo de sólido puente entre la comunidad israelita y el pueblo argentino, sino también como el más eficaz mediador entre el pueblo judío y el continente sudamericano, o bien, entre el judaísmo y el hispanismo. Su director, el infatigable Salomón Resnick dio vida a una enciclopedia de arte y saber judíos, pero siendo aún el cultor de la divulgación no se limitó a esta tarea solamente. Utilizó su erudición idiomática en traducir las mejores obras clásicas del idish al idioma nacional, duplicando así el valor de su misión, dio margen a que los residentes de Jefteth conocieran las de Sión y las profundizaran. Gracias a su labor la juventud judía de habla castellana llegó a conocer por primera vez las obras magistrales de los escritores judíos más esclarecidos, tanto clásicos como modernos, y por reflejo iban conociéndose a sí mismos, hallando su propio sendero.

Tengo a la vista un número de *Judaica* de 1937, dedicado integralmente a señalar la contribución judía al descubrimiento y al progreso del continente sudamericano.

Si Salomón Resnick nos hubiera obsequiado tan sólo con este único opúsculo, hubiera sido suficiente para merecer el título de “Caballero del Intercambio Cultural”. Su *Manual de la Historia Judía*, resumen y complemento de la monumental historia de Dubnow, puede considerarse como el sùmmum de su contribución cultural.

6. Hermanos espirituales

En el intercambio intelectual se llega a una fusión de ideas y de sentimientos. Los grandes vates y pensadores son nacionales en su idioma y en su estilo, pero universales en su concepción. Feredit lo definió admirablemente: “En un mundo nuevo las personas de espíritu se sienten como hermanos”; y Sófocles, por boca de Antígona, dice: “No estamos para odiarnos, sino para amarnos”. Tocóle a Resnick la delicada misión de convertir el ambiente latinoamericano en un medio propicio donde judíos y gentiles iberoamericanos fraternizan espiritualmente. Su alma no descansará hasta que su obra de intercambio cultural se vea coronada con la construcción de una Universidad Latinoamericana en el Monte Scopus, y otra de Cultura Hebrea en Caracas o en Quito, en Santiago de Chile o en Montevideo, en Asunción o en La Paz, en La Habana o en Méjico, en fin, en algún lugar de América hispana, y éste será el monumento más expresivo en memoria de Salomón Resnick, el pionero y el apóstol de la fraternización espiritual.

Tel Aviv (Palestina), marzo de 1947

Hijo del pueblo del libro, hombre de libros y de letras

César Tiempo

Cierta vez, en el bar León –hoy desaparecido–, contigo al cine Etoile –también desaparecido–, le pregunté si era argentino.

–**Claro que soy argentino**, me respondió. Es cierto que en mis papeles consta que nací en Domaniovka, una ciudad del imperio zarista. Pero mis padres estaban, entonces tan angustiados, que no me atreví a abandonarlos. Recién a los 8 años, cuando se decidieron a viajar, los acompañé a la Argentina. El primer paisaje que reconocí fue el de la campiña bonaerense, mis primeros amigos chiquillines de Carlos Casares, mi primer deslumbramiento La Pam-

pa, donde ejercí en la colonia Narcise Leven mi primer trabajo de maestro. A los 20 años entré en contacto con Buenos Aires. Por esas razones y por muchas más que el corazón y la razón no ignoran, me considero más argentino que el mate.

Salomón Resnick hablaba sin prisas, sonreía sin prisas y bebía a lentos sorbos un té con limón. Solía ser sarcástico sin ensañarse en la mordacidad del menoscabo, y cuando quería a alguien lo quería sin que su afecto maniatara su independencia de juicio. Era argentino por opción y fue argentino por pasión y por convicción. Es bien sabido que tanto como la raza, influye la tierra donde el individuo

Fragmento de la evocación de César Tiempo, a treinta años de la muerte de Salomón Resnick, publicada en el diario *Clarín* (Cultura y Nación) de Buenos Aires, 12 de agosto de 1976, por el gran autor de *Sabadomingo* y *Clara Beter y otras fatamorganas*.



vive y se desarrolla en su formación biológica y psicológica. Nacer argentino, francés o israelí es un acontecimiento del que no participa la voluntad y no confiere al beneficiario otras prerrogativas que las que podrá obtener oportunamente con su talento, si lo posee, y con su obra, si se realiza.

Nacer argentino es efectivamente un honor, un gran honor, pero ser argentino es tener conciencia de que el individuo es indivisible de la dignidad del país. Porque uno es el acto de nacer, que pertenece a la fisiología, y otro el de ser, que pertenece al espíritu y la inteligencia. Uno el acto de crecer por fuera y otro el de crecer por dentro, metafísicamente. Uno ser y otro llegar a ser.

Ventura de la Vega nació en Buenos Aires, fue un español por los costados más sensibles y aprehensibles de su obra y de su alma. Joseph Kessel, nacido en Entre Ríos, es un francés por donde se le busque. Julio Cortázar, nacido en Bruselas y residiendo largamente en París, es más argentino que el pororó. Lo mismo ocurre con Alberto Gerchunoff, nacido en Podolia, tan argentino como Samuel Eichemlbaum, el autor de *Un guapo del 900*, nacido en la entretiranísima Villa Gobernador Domínguez.

Filántropo a su manera

Salomón Resnick fue un filántropo a su manera. No regalaba dinero porque apenas si lo tuvo para subvenir a sus necesidades familiares y a las exigencias de las imprentas que publicaban sus revistas y sus libros. Regalaba espíritu, levadura, sangre, la sangre que entra y sale con la letra. Su temprano madurar no participó del milagro. Resnick prefirió ser un divulgador, un comunicador. Tiene la edad que tenía Renan, que, a los 24 años, publica su admirable

Historia comparada de las lenguas semíticas, cuando traduce a Isaac L. Peretz, el autor de *Los Cabalistas*, en 1919. En su prólogo, Gerchunoff dijo de Resnick: "Une a su vasta curiosidad de investigador, el temperamento de un artista delicado y libre".

La persona y el personaje

Era nuestro héroe un hombre corpulento y amable, nunca re-subido de vacilaciones, cuando lo conocí. Dueño de una frente pánica, un par de ojos zahoríes, unos labios habituados a no adular a ningún poder, ni siquiera al literario, unas manos de sembrador y una sonrisa melancólica que recogió admirablemente Israel Hoffmann en la más lograda de sus esculturas. Todo lo que hizo lo hizo bien y desinteresadamente, pensando en su pueblo, sufriendo por su pueblo, batallando por su pueblo. No creó *Judaica*, una revista ejemplar que sostuvo hasta el fin de sus días, para neutralizar el celo amargo del antisemitismo, como escribía Gabriela Mistral, sino para exponer los hitos y los logros de la cultura judía clásica y actual sin fanatismos, ni sobrevaloraciones, ni exageraciones. Sabía que fueron los semitas los inventores de la letra y aspiraba a que sus lectores supieran que el pueblo semítico por antonomasia, el pueblo judío, sigue mostrando a través de miles de años de historia, la devoción, el fervor, la fidelidad sin desfallecimientos a la letra. El cristianismo le ha asignado al judaísmo, afirma el mayor de los filólogos vivos de nuestros tiempos, desde la antigüedad, el papel de depositario de la letra. La supervivencia del judío a través de las infinitas tribulaciones de su historia, y quizá también la grandeza trágica de su destino, ¿no se debe acaso a su fidelidad a un libro?

Desde Abraham hasta David

Salomón Resnick, hombre de libros, que ejerció su magisterio con autoridad indiscutible, quiso y logró pulverizar, prejuicios y patrañas. Todo el mundo de ignorantes congénitos e ignorantes deliberados, cree le han hecho creer que la voz judío procede de Judas y lo asocia por implicancia al Iscariste, y no a Juda, la más poderosa de las doce tribus hebreas. Resnick, apasionado desbornizador de falacias, pugró siempre por celerar esta confusión semesiológica, y logró el apoyo de personalidades eclesiásticas e intelectuales. Entre ellas el del gran novelista Manuel Gálvez, católico y nacionalista, que expresó textualmente refiriéndose a las publicaciones de Resnick: "Por ellas los argentinos hemos venido a enterarnos de los que han sido y son los judíos y de cuánto este pueblo ha hecho. Conocer a los judíos en lo que valen es necesario, pues de otro modo se puede caer en la injusticia del antisemitismo". El mismo Manuel Gálvez me contaba, en su casa de la calle Santa Fe, que cierta vez Resnick le llevó un ejemplar de los Evangelios en que había subrayado la genealogía de Jersucristo, sobre todo el versículo del libro de San Mateo, que dice: "De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación hasta Cristo, catorce".

Gálvez, que conocía los Evangelios poco menos que de memoria, lo escuchó sonriente y le dijo: "Ya sé que todos somos hermanos, hijos del Padre que está en los cielos, lo que vale decir que yo soy

dos veces cristiano y dos veces judío como Fray Luis de León. Le propongo que el año próximo nos encontremos en Jerusalén". Recuerdo en este momento que Gálvez publicó el primer capítulo de su novela *Nacha Regules*, a la sazón inédita, en la revista *Vida Nueva*, que conducía Kibrick y Resnick, de quienes siempre fue un amigo incondicional.

Los sueños no mueren

Requiere valor el tener talento y Resnick lo tuvo para regalar, aunque por lo general ni el valor ni el talento son transferibles. Para conocerlo bien hay que leer los cuatro libros que publicó, sus innumerables traducciones, sus artículos en los que la historia y la literatura se hacen más vivas, más humanas, más comprensibles. Ayudó a principiantes y acabantes y dejó grata e imborrable memoria en todos aquellos que los conocieron no sólo aquí sino en Chile, el Uruguay, Colombia y Brasil. Derribó las murallas del gueto, presentó a grandes judíos paradigmáticos y, cuando la intemperancia y la malquerencia asomaron sus fauces, ejerció heroicamente su milicia y marcó a fuego a los comandatarios de la coluvie.

De pronto recibió la visita del sombrío visitante que puede entrar sin haber sido invitado por nadie, como decía el poeta Heine, un *ghetto's a dreamer* como él. Ya han transcurrido treinta años. Resnick, no lo olvidemos, fue ese soñador que demostró al mundo que los hombres pueden morir, pero los sueños no.